



## Insistiendo

sobre la

cooperación

Por MARTIN OLMEDO  
Comandante de Aviación.

Verdaderamente, la inquietud que se siente, la necesidad que se palpa de una unificación de criterios que cristalice en una Doctrina de la Táctica de las Tres Armas, para operaciones combinadas, es cada día más angustiosa. Se escribe, se comenta, se discute, pero ninguna opinión prevalece sobre las demás, entendiéndose por prevalecer el hecho de descartar a las otras mediante el convencimiento y asimilación de una de ellas por sus antiguos detractores e impugnadores, y su aceptación por un amplio sector de las Fuerzas Armadas de todos los países.

La razón determinante aparece, sin embargo, muy clara, y sólo el color del cristal con que cada uno la mira hace que no pueda distinguir su verdadero maliz. Si sólo tenemos sensación de luz blanca cuando sus siete colores componentes impresionan nuestra retina, sólo se hará claridad en nuestra mente cuando en ella pesen en su armónica proporción "El dominio del aire", "El dominio del mar" y "El dominio de la Tie-

rra", pero nunca se llegará a una unificación de criterios mientras los "aviadores" vean la guerra a través de "La variante aérea", los "marinos" a través de "La variante marítima", los "militares" a través de "La variante terrestre", y todos a través de la "suspiciacia", hija del amor propio, ante las afirmaciones de los demás, de que "su Ejército" es el fundamental y el único capaz de vencer por sí solo al enemigo, aunque los otros puedan ayudarlo, eso sí, pero sin posibilidad por su parte de "decidir la victoria".

Y lo peor del caso es que el problema no tiene una solución próxima, a pesar de la buena voluntad que los tres litigantes pongan en resolverlo, por la sencilla razón de que existe, en todo el mundo, un error de formación del personal militar que no puede subsanarse en una sola, y que impedirá a un "marino" olvidar momentáneamente aquella frase: "Quien domine en el mar dominará el mundo", que durante toda su vida ha constituido para él un lema, y que es

parte integrante de su mismo ser, y a un "aviador" el concepto de que la Aviación posee tales posibilidades, que no sólo ha revolucionado los eternos principios de la guerra, sino que incluso está llevando a cabo una renovación de la mentalidad de los pueblos, creando una "mentalidad aérea", y ante cuyo poder todo ha de doblegarse. El personal de los Ejércitos de Tierra, por otra parte, convencido de que sólo la Infantería desaloja y deshace al enemigo y ocupa su territorio, no puede transigir con la idea de que su Ejército vaya nunca o ocupar un lugar secundario, e incluso a desaparecer como tal.

Y, además, todos pretenderán que la Prehistoria, la Mitología, la Historia, la experiencia presente y el porvenir demuestran de modo concluyente sus asertos, para los cuales no le faltarán miles de citas, opiniones y predicciones de hechos acaecidos, personas de autoridad y prestigio innegables, y reconocidos y perspicaces teorizantes y precursores.

Pero ninguno tiene razón. Sólo puede tenerla quien sea capaz de razonar sosegadamente, valorizando cada uno de los factores en su justa medida, y sólo puede realizar ese razonamiento y plasmarlo en una Doctrina de cooperación quien por conocer a fondo las posibilidades y los puntos flacos de las tres Armas sepa levantar con estos elementos un edificio armónico y equilibrado. Y aun las pocas personas capacitadas en el sentido apuntado tropiezan con una gran dificultad, y es la evolución rapidísima de los medios de combate, el armamento, que, sin duda alguna, es el factor determinante de la táctica.

Los explosivos atómicos harán, en opinión general, prohibitiva en el futuro las grandes concentraciones de fuerzas, y en opiniones aisladas, pero de reconocida solvencia, han desplazado ya al "Dominio del aire" de su lugar de *misión primordial* de las Fuerzas Aéreas, pues según el General Kenney puede ocurrir en que "si una de las partes contendientes decide adquirir el *dominio del aire* en primera urgencia, mientras su adversario ataca los centros industriales y de población, existe una gran probabilidad de que antes que el primero haya podido adquirir el dominio del aire su propio país rehuse aceptar nuevas pérdidas y decida capitular".

Y creemos que esto no es dar la primacía absoluta a la Aviación, puesto que esta primacía sólo puede estribar, pasajeramente, en el hecho de que el avión sea en el momento actual el medio más apropiado para lanzar las bombas atómicas sobre el país enemigo.

Alemania, según opinión de muchos entendidos, emitida sobre todo en la primera fase de la pasada guerra mundial, era un pueblo de aviadores. Un pueblo que había asimilado la "Variante aérea" y había logrado una "Mentalidad aérea" nacional, por lo que iba a ser difícil arrebatárle la victoria. La verdad es que si la Aviación alemana era formidable, el Ejército alemán no era ninguna bagatela. Los éxitos iniciales fueron tan deslumbrantes, que pocas mentes pudieron escapar a la idea de considerar inevitable una victoria relámpago, y entre ellas, gracias a Dios, estuvo la de nuestro clarividente Caudillo.

Inglaterra era, por otra parte, según otros, un pueblo de marinos. También había asimilado la "Variante marítima" y poseía una "mentalidad marinera".

Francia no tuvo nunca "mentalidad de sacrificio y de heroísmo", y al fallarle la "variante combativa", que es la variante fundamental en la tierra, en el mar y en el aire, dejó de existir como fuerza beligerante.

Rusia, en cambio, sin mentalidad aérea ni marítima, pero poniendo en juego sus hombres y las ventajas de su extremante y agotadora geografía, asestó los primeros golpes al Aguila alemana. La memoria de Stalingrado ha de perdurar mucho tiempo.

Pero al fracasar la guerra relámpago, ¿qué sucedió? Pues que las naciones aliadas introdujeron la variante aérea y la terrestre, mientras que Alemania no pudo convertirse en marinera.

Si Alemania hubiera podido construir una flota naval antes que los aliados una flota aérea, y una imponente fuerza terrestre, hubiera acabado con Inglaterra.

Pero, ¿hubiera necesitado Alemania una Marina, ni siquiera una Aviación, ni siquiera un Ejército equipado con tan potentes y arrolladoras "Panzerdivisionen" si hubiera dispuesto de armas tipo V perfeccionadas

para lanzar explosivos atómicos sobre Inglaterra para obligarla a rendirse?

Y, ¿hubieran necesitado los aliados crear la fabulosa Flota Aérea que crearon, transportar los millones de soldados, desembarcar en Italia y en Normandía para acabar con Alemania, como tuvieron que hacerlo, aliándose con el diablo en la persona de Stalin, si hubieran, a su vez, dispuesto de esta arma de combate?

No parece vayan descaminados los que creen que las futuras guerras serán sostenidas solamente por unos cuantos hombres de ciencia y unos pocos especialistas que manejen los destructores ingenios por aquellos creados. No otra cosa parece querer indicar el citado General Kenney con sus palabras. En este caso los Ejércitos, en su concepto clásico de enormes agrupaciones organizadas de hombres y material, con sus servicios, dejarían de existir para convertirse en organizaciones donde el número, la masa humana, dejaría de representar lo que hoy aún representa, a pesar de que su importancia relativa ha decrecido, y la potencia destructora se conseguiría, no por acumulación de medios, sino por la propia capacidad de los reducidos elementos puestos en acción.

No queremos decir que esto sea cosa realizable en un futuro inmediatamente próximo. Su inminencia no es previsible, pero si la guerra química, y luego la bacteriológica, no llegaron a superar la fase de ensayos, por comprobarse sus limitadas posibilidades, la guerra atómica está ahí bien patente y aterradora, con dos botones de muestra que volatilizaron en dos segundos dos grandes ciudades, y cuyo empleo sobrecoge a los mismos poseedores de tan terrible arma, y no por temor a las represalias del enemigo, como ocurrió con los gases, sino por la abrumadora responsabilidad que entraña, haciéndoles dudar de la legitimidad de la empresa y de sus imprevisibles consecuencias.

De todos modos, como hay quien opina que la bomba atómica no influirá de modo tan decisivo en el desarrollo de las futuras guerras, aún estaremos a tiempo de "sentar doctrina", pero con la condición de formar antes a los futuros creadores de la misma. No es que ahora no puedan existir en abso-

luto, pero serán escasos y habrán de trabajar a veces, utilizando como fundamento su visión personal, a través de referencias y no a través de su conocimiento directo, o sea a través de su experiencia.

Pocos hombres tendrán verdadera experiencia terrestre, marítima y aérea, y menos aún serán los capaces de analizar esta experiencia y sacar de ellas normas concretas de actuación, una vez completada por las referencias obtenidas, bien por el estudio de las opiniones autorizadas, bien por la meditación de las experiencias ajenas. Pero los mandos superiores no precisan ser muchos.

La vida humana es corta y las experiencias, múltiples en varios sectores, no pueden ser largas. Es cierto. Pero puede fijarse un período mínimo experimental.

Si la guerra es un arte, y en esto parece que la opinión general concuerda, exige como tal, ineludiblemente, la práctica del artista que a él quiera dedicarse. Así como las ciencias exigen, ante todo, el estudio, las artes no pueden eludir el ejercicio de la práctica. Ningún sabio ha llegado a serlo sin haber tenido que aprender antes la ciencia acumulada por otros hombres, a la que él ha podido añadir su trabajo y experiencias personales, pero el artista puede surgir espontáneo, *materializando* únicamente los dictados de su inspiración, que puede desbordarse plétórica y personalísima, sin influencias extrañas, y si bien existe el hombre de ciencia, conocedor de todos los secretos y capaz de resolver todos los problemas científicos, pero sin que su trabajo haya logrado añadir nada nuevo al conocimiento universal, no existirá ningún pintor hasta que el que quiera serlo haya pintado un cuadro, ni escultor hasta que la escultura sea una realidad tangible, ni un General hasta que no haya manejado, personalmente, los instrumentos de su arte, que son los Ejércitos, con los cuales se ganan las batallas, aunque estas batallas ganadas hayan sido sólo simuladas.

Pero el Arte tiene también su "técnica", y el conocimiento de la misma facilitará al artista la expresión material de su arte y la asimilación de la misma se logra por el estudio.

La técnica de Marte debe cuidadosamen-

te estudiarse por todo aquel que quiera consagrarse como un artista, pero sólo aquel que logre superarla y darla en *la práctica* su sello personal, comunicando a *su obra* un mérito artístico alcanzará aquella categoría.

Si las consideraciones anteriores cumplen el fin que las ha inspirado podremos ir ya vislumbrando la meta a que aspiran llegar.

La primera consideración técnica del Arte Militar que debe inculcarse es la formación de "un espíritu militar", la asimilación de una "mentalidad militar".

Esta mentalidad o espíritu militar debe ser fundada en los más elevados principios morales, individuales, saturados de compañerismos, disciplinas y ética del mando, pero lo más importante es que esta formación, cuya importancia no es necesario recalcar y que debe ser estudiada con todo cariño antes de completar sus menores detalles, sea *unificada*.

Todo aquel que quiera seguir la carrera militar, aunque luego desee ser aviador o marino, o manejar un grupo de carros de combate, o mandar una batería artillera, debe pasar primero por una Escuela *Unica*, en que aprenda a ser militar, o sea a identificarse con las condiciones morales, intelectuales y físicas exigidas para llegar a ser un Oficial de cualquier Arma.

La convivencia de los Cadetes bajo un mismo techo, en un mismo ambiente y vistiendo el mismo uniforme crearía lazos indestructibles de amistad, camaradería y comprensión.

La especialización de cada uno, en un Arma elegida, volvería a separarlos temporalmente, ya que tendría lugar en Escuelas Especiales de Tierra, Aviación y Navales, para ingresar en las cuales podría exigirse una mínima calificación de materias básicas, pudiendo ya iniciarse una diferenciación en la fase final de la Academia General Militar. Cada uno prestaría servicio en su especialidad, así considerada dentro de la Organización Armada, pero nunca como un Ejército independiente.

Un curso amplio en tiempo y materias de capacitación para Jefes volvería a reunir a los Oficiales aptos para el ascenso a dicha categoría, que estudiarían de nue-

vo en común los problemas necesarios para adquirir la aptitud exigida y relativos a las modalidades de combate de las tres Armas y a la táctica de las operaciones combinadas, y rematando dicho estudio con un período práctico de mando efectivo agregados como segundos jefes a Unidades de su mando correspondiente de las otras dos Armas.

De nuevo volverían a sus especialidades después de renovar aquellos lazos creados en la Academia General, y con mayor visión y comprensión de las posibilidades, misiones y necesidades de un Ejército como organización armónica de varias Armas, con sus modalidades y características, y mejor formado y predispuesto a acoger, estudiar y aceptar sugerencias de cualquier procedencia.

La fase final de este estrechamiento se iniciaría en la Escuela de estudios combinados para Coroneles, con un criterio semejante al seguido en la Escuela de Capacitación para Jefes, pero con más amplios horizontes e incluyendo un período de mando de Grandes Unidades terrestres, marítimas y aéreas, agregados como segundos jefes. Y decimos se iniciaría porque desde el momento del ascenso a General, todos dejarían de considerarse como especialistas para constituirse en algo que no es necesario explicar, porque su nombre es lo suficientemente explícito, esto es: Oficiales Generales.

Un Oficial General mandará agrupaciones que incluyen todas las Armas y Servicios, y sólo ocasionalmente podrá ser un General del Aire o un General de Tierra o un Almirante; pero será permanentemente un Oficial General, perfectamente apto para manejar armónicamente los recursos de todas las armas en el combate y de plasmar unos principios generales de actuación, con lo que la doctrina de cooperación vería la luz tras una gestación lógica y sin solución de continuidad, y lo que es más importante, podría ser aceptada y asimilada si su eficacia era cierta, porque sus jueces, formados en *la misma técnica*, podrían juzgarla con conocimiento de causa y la visión libre de filtros azul celeste, verde mar y pardo tierra. Parece peligroso afirmar que actualmente no existe una doctrina de cooperación, siendo más verosímil la realidad

de que los prejuicios y falta de "formación integral" impidan conocerla y aceptarla; y una doctrina de cooperación será letra muerta si no es aceptada, asimilada y practicada por todos los elementos que han de cooperar.

Si ya hay altos mandos de la propia Aviación que admiten la posibilidad de que el dominio del aire deje de ser su primordial objetivo; si la Marina puede que tenga que desistir en muchos casos de intentar el dominio del mar y resignarse al refugio de sus bases o a guerrear en corso; si el Ejército de Tierra será siempre destruído si no tiene protegido el cielo y a veces su retaguardia ante un desembarco enemigo que, obligándole a la división de sus fuerzas, provoque su debilidad, ¿por qué los tres Ejércitos han de ser independientes? ¿Por qué un todo como las Fuerzas Armadas, con una finalidad concreta, que es la defensa nacional, ha de vivir fragmentado, y máxime cuando esos fragmentos no tienen un fin específico que cumplir, sino accidentalmente, aparte del fin común de la citada defensa nacional?

Efectivamente, el fin específico de un Arma determinada viene siempre impuesto por el enemigo. Si el enemigo no tiene aviación o la tiene infinitamente superior a la nuestra, el lograr el dominio del aire será innecesario o imposible. Si no tiene Marina o la tiene enormemente más potente, estamos en el mismo caso respecto al dominio del mar. Sólo en el caso de un equilibrio relativo podría ser intentado, si se considera económico, y siempre contando con las posibilidades de recuperación de ambos bandos.

Pero aún es más. Aun en el caso de lanzarse a la conquista del dominio del aire, habrá algún momento táctico en que coope-

re a lograrlo una D. C. A., cuya eficacia va dejando de ser despreciable, y que es un arma terrestre. A conseguir el dominio del mar ha de contribuir la Aviación de modo acusadísimo. Para arrollar al Ejército de Tierra enemigo, la Aviación y la Marina pueden prestar auxilios enormemente eficaces. ¿No es esto cooperación?

Pues si la cooperación se presenta siempre como necesaria y los proclamados fines específicos o misiones primordiales son a veces innecesarios, otros imposibles y otros inconvenientes, necesitando, además, de cooperación cuando se intenta, no hay razón determinante de una diferenciación y de una vida y actuación independiente.

Claro que cada una de las tres Armas puede realizar con sus propios medios misiones aisladas y específicas; pero esto no es suficiente para

justificar una fragmentación cuando sólo la conjugación armónica de sus medios en el tiempo y en el espacio conseguirá que la máquina guerrera dé su pleno rendimiento, y esta conjugación armónica sólo pueda lograrse cuando cada uno de sus elementos sienta, comprenda y desee la constante aportación de los esfuerzos de los demás al que él pueda realizar poniendo en juego todas sus posibilidades con todo el ardor de su espíritu y dispuesto al supremo sacrificio en aras de un ideal de justicia.

Y esta proyección y un espíritu universalmente creador sobre el continuo batallar de la existencia, en la guerra y en la paz, sólo será posible creando una mentalidad mucho más amplia que la mentalidad aérea, marítima o terrestre: una "mentalidad nacional de soldados", capaces en la guerra de luchar sin desmayos y de trabajar sin descanso en la paz por un ideal común.

